



R. Rafael, editor

La hija de Herodias.

Litog. de Decaux.



LA HIJA DE HERODIAS.

Nitidus oleo guttur ejus; novissima autem illius amara quasi absinthium et acuta quasi gladius biceps. Pedes ejus descendunt in mortem et ad inferos gressus illius penetrant.

(Proverb. V, 3 seqq.)

El Precursor de Cristo, á la edad de treinta y un años, brillaba á los ojos de la Judea como una lámpara que esparce el calor y el brillo, pues hacia conocer y amar la verdad. Mas se estinguió de repente por el soplo asolador de la tormenta; los poderosos querian obtener de él para sus crímenes la complicidad de su silencio, y rehusó el comprar la libertad de su vida exterior por medio de la esclavitud de su palabra, y los poderosos le hicieron saltar la cabeza para castigarle la osadía de decir en alta voz lo que los remordimientos podian decirle en secreto.

Sabido es todo el tejido de intrigas, de ambiciones y de crueldades que envolvía la familia de Heródes el Grande. Despues de haber dado la muerte á uno de sus hijos, desheredó al otro llamado Filipo, para vengarse de Mariamne, madre del joven príncipe, que habia sido cómplice en

una conjuración. Darémos antes una sucinta idea de esta odiosa dinastía, á la cual estaba sujeto el pueblo escogido, despues que el cetro habia caído de las manos de la tribu de Judá, segun estaba escrito en los altos decretos de Dios.

Cuando César se vió vencedor de Pompeyo y dueño de Roma, creyó oportuno exaltar á Aristóbulo, y le envió á Siria con dos legiones, á fin de hacer declarar este país á su favor; pero Aristóbulo fué envenenado en el camino, y su hijo perdió la cabeza; obra uno y otro de los partidarios de Pompeyo. Previendo, no obstante, Antipáter el poder y la exaltación á que se encaminaba César, le llevó numerosos socorros, viéndole sitiado en Alejandria, y prestóle además útiles é importantes servicios, con los cuales se grangeó la gracia del dictador romano, y logró para sí el gobierno de la Judea, para su hijo Fasacl el de Jerusalem, y el de la Galilea para Heródes, que fué el peor y el mas famoso de sus hijos, el cual nació en Ascalon el año del mundo 5932, 68 antes de Jesucristo. Muchos autores antiguos han suscitado dudas sobre el origen de su familia. Pretenden algunos que no procedía de los judíos que habian vuelto de Babilonia, y llegan á afirmar que su padre era pagano y que, habiendo sido robado, fué conducido á Idumea é iniciado en las costumbres y en los misterios del judaismo, pues los idumeos, desde Juan Hircano, realmente observaban las leyes de Moisés. Tenia veinticinco años cuando subió las primeras gradas que debían conducirle al trono.

Por el año 40 antes de Jesucristo, tuvo Heródes que refugiarse con su familia y riquezas en una fortaleza de la Idumea: despues pasó al Egipto, con el fin de ganarse la voluntad de Cleopatra, y marchando de allí, á Roma, logró que Antonio fuese su defensor. Todo salió bien á Heródesi pues resentido el senado de que Antigono hubiese pedido auxilio á los Partos, enemigos de Roma, nombró rey de Judea á Heródes, y éste con las tropas suyas que pudo levantar, y las auxiliares que sacó de Roma al mando de Ventidio, se dirigió contra Jerusalem; dió, aunque infructuosamente, un ataque, en el cual pereció uno de sus hermanos, llamado José, y en otra segunda batalla logró vencer á Antigono su rival, y formalizó el sitio de la ciudad. Entonces, para asegurar sus derechos y su poder, casó con Mariamme, nieta del rey Aristóbulo, y entrando luego en Jerusalem, con el auxilio de las tropas romanas, degolló un gran número de habitantes. Pocos príncipes han hecho correr tanta sangre para consolidar su poder; no perdonó á ningun partidario de Antigono, principalmente si tenia bienes que confiscar: y aunque obligado á ceder á las instancias del pueblo, habia dado el sumo sacerdocio al jóven Aristóbulo, su cuñado. Bien pronto, temerosa de que éste, siendo amado del pueblo, le

derribase del trono, mandó ahogarle traidoramente dentro de un baño en Jericó, y aun supo enganar al pueblo con un fingido dolor, y justificarse en el tribunal de Antonio, bien que el triunviro atendió mas á los regalos que á la inocencia de Heródes. Si éste ha conservado en la historia el sobrenombre de *Grande* es porque en realidad fué valiente, harto feliz en sus empresas, y llegó á hacerse poderoso; pero carció de todas las virtudes que pueden constituir la verdadera grandeza del hombre: fué tiránico, cruel é inhumano, y nunca quizá hombre alguno tuvo mas fuertes y terribles pasiones. Hizo morir al viejo Hircano, al cual debia la vida cuando era aún gobernador de Galilea, sin consideracion alguna á sus años ni á su antigua dignidad, solo por haberse dicho que habia recibido algunos dones del rey de los árabes. Hizo dar la muerte asimismo, ó con cuchillo ó con veneno, á su muger Mariamme, y poco despues hizo perecer á Alejandra, madre de esta princesa, á cuyos crímenes le animaba su hermana Salomé, no menos cruel que el mismo Heródes.

Mariamme fué la mas bella princesa de su tiempo: y tuvo la fatal suerte de ser condenada á muerte por su marido, por sospechas de infidelidad. A una sin igual hermosura reunia un talento extraordinario. Su desdicha fué el haber sido amada hasta el delirio por un hombre que habia tenido mas ó menos parte en la muerte de su abuelo, de su padre, de su hermano y de su tío, y que habia por dos veces mandado que le fuese sacrificada en el caso de morir él mismo. El célebre Lord Byron, en sus *Melodías hebreas* supone que este feroz monarca fué perseguido por la sombra de Mariamme, hasta tanto que el desórden de su espíritu alteró su salud, y le condujo al sepulcro. Ved ahí los lamentos que pone en sus labios, despues de la muerte de la infeliz princesa.

“Oh Mariamme! el corazon que hizo derramar tu sangre, destila aún sangre por tí: la venganza es ahogada por el dolor, y al furor sucede el delirio del remordimiento. ¿Oh Mariamme! ¿en dónde estás tú? Tú no puedes oír mi amarga justificación; y si tú lo pudieses, tú me perdonarias ahora, por mas que el cielo fuese sordo á mi plegaria.

¿Muerta es, pues, ella?—¿Osaron ellos obedecer al freno de mi suspicaz demencia? Mi cólera llevó el decreto de mi desesperacion. El cuchillo que la hirió está pendiente sobre mi cabeza.—Mas tú estás helada, yerta, muger adorada que yo asesiné! ¡Y es en vano que mi sombrío corazon suspire junto á aquella que cieue solitaria por las alturas, y deja aquí mi alma indigna de salvacion!

No es ya aquella que partió conmigo la diadema: muerta es la que se llevó mi dicha á su sepulcro: yo he arrancado del trono de Judá esa flor que no se abria sino para mí. Mío es el crimen, mío el infierno: mía la

eterna desolacion del alma. Harto merecidos tengo estos tormentos que me desgarran sin descanso."

Murmuraba el pueblo, al ver las atrocidades de este rey inhumano; el cual, viéndose mas consolidado en su poder, despues de la victoria de Augusto, y no teniendo que temer nada en lo esterior, embelleció á Jerusalem de edificios, y destruyó el templo edificado por Nchemías, para construir otro de nuevo que se asemejase en hermosura al de Salomon. Para calmar ó distraer á lo menos la justa indignacion del pueblo, empezó á emplear sumas considerables en la construccion del templo, que quiso restituir á su esplendor antiguo, en restablecer los muros de la ciudad, en construir un teatro y un circo, y en fundar juegos quinquenales en honor de Augusto que, engañado por sus adulaciones, le habia confirmado en la posesion de la Judea. Mas estas fiestas, contrarias á las leyes y costumbres de los judios, produjeron quejas y rebeliones, que Heródes no pudo apaciguar sino con el terror de los suplicios. Sin embargo de su inata crueldad, habiéndose introducido en la Judea la peste y el hambre en pos de ella, 25 años antes de Jesucristo, Heródes con su actividad supo atajar felizmente estas dos terribles plagas, llegando á fundir su vajilla y vendiendo sus alhajas para comprar granos en el Egipto, y restituir á sus estados la abundancia y la salud: y sin duda fué entonces cuando el agradecimiento obligó al pueblo á darle el título de *Grande*. En sus últimos dias, ¡qué horror! la cruel suspicacia le convirtió en parricida, pues hizo ahorcar á sus dos hijos, Alejandro y Aristóbulo, por las sugestiones de Antipáter, hijo tambien suyo, aunque de otra madre. La historia de los magos y del degüello de los inocentes de Belen, que se ha popularizado, añaden otra página de sangre á la historia de este monstruo. En sus últimos años el rey parecia rodeado de fantasmas: su mirada era sombría é inquieta: sus palabras breves, y sus labios agitados de movimientos convulsivos. Procuraba extinguir sus remordimientos con nuevos crímenes. Contra la ley de los judios habia hecho colocar una águila de oro sobre la grande puerta del templo: espárcese la noticia de su muerte: los jóvenes derriban aquella águila: Heródes vuelve á levantarse: apodérase de los imprudentes y de cuarenta de sus amigos, y todos son quemados vivos. Pero la vida le escapaba, y su cuerpo no era mas que una llaga horrible que devoraban los gusanos. Habiendo sabido que su hijo Antipáter se mostraba alegre viendo el fin próximo de su padre, le hizo dar muerte, aunque no le sobrevivió mas de cinco dias. Cercano ya á su muerte, y previendo el júbilo general de todo el pueblo judío, que á ella seguiria, mandó bajo pena de muerte á todas las personas de alguna consideracion en la Judea que pasasen á Jericó. Despues los hizo en-

cerrar á todos en el circo ó hipódromo. Salomé, su madre, y Alejas, su cuñado, estaban entonces junto á su lecho de muerte, y este viejo de setenta años, cargado de crímenes, que tan lúgubramente borraban sus bellas acciones, se levanta con pena y los ojos bañados en llanto, les hace prometer que degollarán á todos los prisioneros del hipódromo luego despues de haber el espirado, á fin de que los judios de todos los países derramen á lo menos lágrimas en su muerte! ¡Así queria perpetuar su cruel inhumanidad aun despues del sepulcro! Se le prometió todo lo que él queria, y espiró en aquel postrer goce de la barbárie; pero la sangre inocente no roció su detestada tumba; y Arquelao, sucesor suyo por testamento, se contentó con hacerle unos magníficos funerales.

Augusto confirmó de pronto la disposicion de Heródes, pero oidas las quejas de los dos hermanos, Arquelao y Heródes Antipas, asignó al primero la Judea propiamente dicha, y la Idumea, bajo el título de tetrarca ó enarca; al segundo dió la Galilea y la Petrea, y á Filipo, hermano de los mismos, la Tracómite, la Batanca y la Auranite, con el título de tetrarcas. Arquelao habia heredado la crueldad de su padre; y Augusto, cansado de oír las repetidas quejas de los judios, le llamó como á un simple particular y le desterró á las Galias, dejando la Judea unida á la Siria, desde cuya época puede decirse que quedó convertida en provincia del imperio romano. El nacimiento de Jesucristo se verificó un año antes de la muerte de Heródes.

Reducida, pues, la Judea á provincia romana y sujeta al comandante ó gobernador de la Siria, los descendientes de Heródes el Grande conservaron, sin embargo, el título de tetrarcas ó de reyes de algunos territorios, y Heródes Antipas, que se mantuvo en el gobierno de Galilea, procuró ponerla á cubierto de toda invasion, haciendo su capital á Sáfóris, á la cual rodeó de murallas. Filipo, hermano de Heródes Antipas, casó con su sobrina Herodias, muger de brillantes cualidades, y sobre todo de una grande ambicion.

Heródes, para captarse el favor de Tiberio, habia fundado en honor suyo, á orillas del lago de Genezaret, una ciudad á la que dió el nombre de Tiberiade. Cierta dia, pues, vió Herodias á su tío el tetrarca de Galilea que pasaba á Roma para ofrecer al emperador Tiberio el patronato de aquella ciudad que habia edificado, y á la cual habia puesto su nombre. Convinieron que al regreso el tío repudiaria á su muger, hija de Aretas, rey de Arabia, y que su sobrina se le juntaria, abandonando á su marido Filipo. Y cumplieron mutuamente su palabra.

Este insolente libertinage causó escándalo á toda la nacion de los judios, porque era un ultraje hecho á las costumbres públicas, y la viola-

cion manifiesta de las leyes mas respetadas. A San Juan tocaba el tomar á su cargo la defensa de la justicia, y reclamar con toda la libertad del ministerio profético, en favor del derecho atropellado por la fuerza. Pues entonces, como ahora, fué un honor esclusivo á los hombres de fé el haber opuesto su conviccion, sostenida por la majestad de los principios, á la impetuosidad de la pasion, sostenida por el poder; y, ¡cosa admirable! nadie ha combatido tanto por la gloria y pureza de la familia como aquellos que no conocen todos sus goces: su afeccion negada á un objeto individual, se ha aplicado y estendido sobre la humanidad entera, y haciendo en pro de ella cuanto un hombre dotado de un buen corazon debe á la sangre y al nombre de sus allegados, han echado, bien lo sabe la Europa, todo el poder de sus palabras en la balanza en donde se pesaban los destinos de la civilizacion.

Heródes Antipas hallábase con toda su corte sobre la ribera oriental del Jordan, para la dedicacion de la ciudad de Liviana, á corta distancia del castillo de Maqueronta. En esta solemnidad se hicieron grandes regocijos, que solo fueron turbados por el celo de San Juan, el cual dirigió vivas increpaciones á Heródes acerca toda su conducta, llena de injusticia y de violencia, diciéndole con firmeza: "No os es lícito el retener la muger de vuestro hermano." Era en algun modo Elias restituido, y luchando contra Acab y Jezabel. Herodias rechinaba despechada, pues temia que los discursos de aquel hombre justo hiciesen impresion en el espíritu del príncipe, y que del resulta su fortuna no recibiese una herida de muerte. Convenia, empero, disimular y recurrir á algun artificio para ocultar la venganza bajo un especioso pretexto.

Conocidas eran por toda la Galilea y la Judea la envidia que contra San Juan alimentaban los fariseos y los doctores de la ley: no solamente no habian recibido el bautismo de manos del Precursor, sino que, rebozando en odio contra su persona, le llamaban poseído del demonio. Heródes, instigado por su propia pasion, y mas aún por las instancias de su cómplice, se sirvió del ministerio de aquellos envidiosos para apoderarse de su rígido censor; y sea que ellos por sí mismos le hubiesen puesto en sus manos, ó que él hubiese dado la orden de prenderle, le hizo cargar de hierros y encerrar en el castillo de Maqueronta. Este hecho está confirmado por el historiador Josefo, bien que éste dá otro motivo al arresto del profeta, en la cual no quiere reconocer mas que una razon de Estado. "Juan, dice, era un hombre piadoso, que exhortaba con eficacia á los judios á abrazar la virtud, y á satisfacer por medio de la justicia lo que unos á otros se debian, y por la piedad, lo que debian á Dios; á purificar su alma por la práctica de todos los deberes, añadiendo á ello

la purificacion corporal por medio del bautismo. Seguiale una gran multitud de pueblo, porque todos quedaban encantados de oír sus discursos, y los judios parecian dispuestos á emprender todo cuanto les hubiese mandado; por manera que, temiendo Heródes que el poder que sobre ellos tenia aquel hombre no provocase alguna sediccion, creyó deber prevenir el mal, para ahorrarse el arrepentimiento de haber tardado en demasia en aplicar el remedio." Asi habla Josefo, y tampoco seria imposible que los fariseos y doctores de la ley, movidos de su propia envidia, hubiesen procurado inspirar á Heródes semejantes temores; y que el mismo Heródes se hallase muy dispuesto á temer y á irritarse al aspecto de todo cuanto podia hacer balancear su poder.

Herodias, empero, que temia sobre todo la palabra de San Juan, no se daba por satisfecha con verle preso; queria hacerle morir, y hasta alguna vez arrastraba á Heródes á participar de sus propios sentimientos. No obstante, el temor le hacia retroceder de sus propósitos, y de otra parte no podia dejar de estimarle, convencido de que era un hombre justo y santo, sin que hubiese podido tampoco retirar de él todo su respeto y toda su confianza; porque hay en la virtud, sobre todo cuando sufre persecucion, una dulce majestad que conmueve hasta al verdugo; pero el odio de la muger es ciego é implacable. Y como el santo lo mismo contemplaba á Heródes en la cárcel como le habia contemplado en el Desierto, y no cesaba de decirle que no le era lícito retener la esposa de su hermano, lo que en Juan era la integridad y firmeza impávida de la virtud, era en Herodias un estímulo permanente para urdir de continuo los mas atroces planes de venganza.

Los discípulos del preso le visitaban con frecuencia; pero como él no queria que tuviesen adhesion á su persona olvidando á aquel de quien era solo Precursor, procuraba llamar hacia Jesus la atencion de sus amigos. Supo, durante su cautiverio, los prodigios con que el Hijo de Dios señalaba su tránsito por todas partes; pero no se mostró admirado de ellos, pues sabia que era el Cristo. Mas viendo que sus discípulos lo ponian en duda, escujo á dos de ellos y los envió al Señor, que se hallaba á la sazón en Galilea. Al acercarse, pues, á Jesus, le dijeron: "Juan Bautista nos envia á vos para preguntaros ¿si sois vos el que ha de venir, ó si debemos esperar otro?" Porque en aquel mismo tiempo Jesus sanaba á muchas personas de sus dolencias, de sus llagas; echaba los demonios de los poseidos, y restituia la vista á muchos ciegos. Respondió, pues, á los enviados: "Idos, y referid á Juan lo que habeis visto y oido: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan sanos, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio es anunciado á los pobres." El Se-

nor añadió esta última circunstancia, como una prueba tan milagrosa de su misión, como la curación de las dolencias y la resurrección de los muertos: porque en efecto, ninguna doctrina humana, ninguna escuela filosófica hasta entonces había hecho al pueblo la limosna de la verdad. Los doctos y los sabios del antiguo mundo no poseían por cierto el secreto del destino humano; pero por fin poseían una doctrina que tenían por verdadera; la vendían á peso de oro, ó la distribuían con todo el fausto de la palabra, en asambleas en donde el pueblo no tenía ni el tiempo, ni el dinero, ni la comprensión necesaria para entenderla, y aun muchos de ellos la tenían como estancada en su conciencia ó cautiva en su escuela, por manera que ni aun los mismos que iban á comprarla podían obtenerla. Mil veces se ha increpado á los que gobernaron el mundo antes de la era cristiana, por haber circunscrito á los hombres en injuriosas clasificaciones, establecido la esclavitud, fundado los gobiernos sobre la preponderancia de la fuerza; pero no creemos que se les haya arrojado lo bastante de haber negado por los hechos el derecho de todos los hombres en conocer la verdad. Necesario fué que un Dios viniese á enseñar al mundo que la verdad es como el aire y como el sol, el patrimonio de todos: que viniese á levantar sobre la plaza pública una cátedra á donde pudiese subir la ferviente caridad, con todo su espíritu de sacrificio, y en torno de la cual los débiles, los pobres, los pequeños, hasta los esclavos, pudiesen reunirse, contemplar la verdad en todo su resplandor, y respirar el aire generoso de la libertad evangélica.

Los diputados de Juan no recibieron otra respuesta; pero los prodigios que habían visto probaban mejor que todos los raciocinios la misión divina de Jesús, y por consiguiente la verdad de su doctrina. Cuando aquellos se hubieron retirado, dijo el Señor á la multitud, hablando del cautivo, cuya voz había resonado en la soledad y llamado los hombres á la justicia: "¿Qué fuisteis á ver en el Desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué fuisteis á ver, pues? ¿Un hombre rico y voluptuosamente vestido? Mas los que llevan vestidos preciosos y que viven en las delicias, habitan en los palacios de los reyes. ¿Qué fuisteis, pues, á ver? ¿Un profeta? Si, y mas que un profeta. De él es de quien está escrito: Hé aquí que yo enviaré un ángel delante de tí, que te preparará el camino, pues te digo en verdad que de todos cuantos han nacido de muger, no hay otro mas grande que Juan Bautista." ; A este grande hombre, pues, alabado por un Dios, es á quien el innoble capricho de una muger envilecida retenía en las cadenas! ; Y esta luz espléndida era la que iba á extinguirse por la cobarde rábia de una cortesana!

Mas de un año había que Herodias se había desposado con el tetrarca

de Galilea, y cerca de siete meses que sus investigaciones habían hecho meter á San Juan en un calabozo. Heródes había venido al castillo de Maqueronta, seguido de una corte numerosa y festiva. Herodias encontró en esta coyuntura la ocasión que buscaba ya de mucho tiempo para inmolarse el profeta á su vengativo rencor. Llegó el día natalicio de Heródes, y éste ofreció un gran festín á los oficiales de su ejército y de su palacio, y á los principales personajes de la Galilea. Brillaban las salas de palacio con aquel esplendor que no se conoce sino en el Oriente: las damas, ricamente vestidas, hacían gala de sus adornos, las antorchas de abeto resinoso y lámparas de brillantes luces, reflejaban sobre los techos dorados y las entapizadas paredes, y hacían relucir los cintos de oro de las mugeres, sus redesillas de perlas, los arcos de pedrería que adornaban sus frentes, y los diamantes de sus tiaras al estilo de Persia. Las hijas de Sion habían conservado el uso del afeitó, que ya se conocía en tiempo de Jezabel: sus cejas y pestañas estaban pintadas de negro, y la estremidad de sus dedos era encarnada como las bayas del rosal silvestre. Las púrpuras de Tiro alternaban con las coronas almenadas de oro de Arabia. Y el acento armonioso de arpas, flautas, cítaras y otros músicos instrumentos, embriagaban los sentidos de júbilo y de placer. Salomé, la hija de Herodias y de Filipo, su primer marido, entró en el salón espléndido, radiante de hermosura, y con aquella mirada dominadora con que una muger desenvuelta impone la ley de su dominio con mas orgullo que un conquistador. Sus negros bucles caen en caprichosos rizos por ambos lados de su cara, moviéndose de continuo como su cabeza. Lúbricamente graciosa en sus adornos, voluptuosa como el amor, fascinadora como el deleite, parecía una de aquellas magas de los cuentos árabes que abrigan bajo una belleza fatal y arrastradora algún maleficio ó algún veneno. Todos los ojos, chispeando de placer, siguen embobados á la esbelta danzarina, que al compás de una música seductiva, tocando apenas en el suelo su lijera planta, se desliza por el salón entre mil muelles y tortuosos giros, encendiendo con sus actitudes que provocan el fuego impuro de los embobados circunstantes.

Olvidando enteramente la timidez y la reserva que sus tiernos años y su condicion le imponían, danzó Salomé delante de todos los convidados. Créese que Herodias, con la prevision de lo que sucedió despues en efecto, había por sí misma aconsejado á su hija este acto de desenvoltura. Aquella danza, que es siempre un oprobio, y de que ha de avergonzarse el pudor, fué colmada de aplausos en el delirio voluptuoso de un festín. Gratas lisonjas y elogios apasionados recompensaron á la digna hija de Herodias el sacrificio que tan generosamente hacía de su modestia y de

su rubor. Heródes, sobre todo, embriagado de placer y de satisfacción, dijo en un rapto de pródigo entusiasmo á la jóven cansada y encendida, que se le presentó como para pedirle una recompensa: "Pídemelo que quisieras, que yo te lo daré." Si, todo lo que quieras te daré, aunque sea la mitad de mi reino." Salíó ella ebria también de aquella gloria, que en sus momentos de triunfo embriaga el corazón de la muger, y corrió á su madre, diciéndole: "¿Qué podré pedir?—La cabeza de Juan Bautista, respondió Herodias." Volvió, pues, apresurada, y dijo al príncipe: "Deseo que me deis desde luego en un plato la cabeza de Juan Bautista." Sorprendido y sinceramente contristado quedó el rey de aquella demanda, que no esperaba sin duda de una jóven; porque la elevada virtud de San Juan no dejaba de imponerle. Pero se hizo un fatal punto de honor en cumplir la palabra que había dado delante de toda su corte, y no se avergonzó de cometer uno de los mayores crímenes que se han perpetrado á los ojos de toda la tierra. ¡Singular religión de las gentes que menos la conocen! ¡como si la palabra de un insensato valiese mas que la vida de un hombre y que la ley de un Dios!

Heródes, impulsado quizás no menos por su juramento que por las instigaciones de muchos cortesanos, que comprendidos en las vehementes declamaciones del santo Precursor contra la disolución y el pecado, no sentirían mucho verse libres de aquel importuno fiscal, dió orden á uno de sus oficiales que pasase á la prisión en un día de regocijo, en medio de un festín, y á ruegos de una muchacha. ¿quién no hubiera pensado que esta misión tenía por objeto el hacer gracia, y que la belleza, la juventud y el placer no sabrían sino sonreír y perdonar en caso de ofensa? Verdad es que la libertad concedida en tales circunstancias, no hubiera ni honrado ni alegrado al hombre de valor á quien fuera ofrecida; pero el guarda enviado por Heródes decapitó á San Juan en la cárcel misma, y llevó en un plato la cabeza chorreando sangre, y fué enviada á Salomé en el lugar mismo en donde el festín duraba todavía: mezcla horrible de placeres innobles y de cobarde barbarie, de que se admirarán sin duda los que ignoren que la malicia y la crueldad se dan la mano, y que todo hombre que no tiene ya nada que respetar en sí mismo, tampoco tiene el menor miramiento con sus semejantes. Y ni debe creerse que el mundo pagano, á pesar de su envilecimiento, hubiese llegado á tal punto de degradación, que no conociera en sus momentos de buen sentido la ignominia de semejante conducta. Refiere en efecto la historia que un general romano, habiendo hecho cortar la cabeza, no ya á un inocente sino á un criminal, en medio de las alegrías de un festín, para satisfacer á una muger que no había visto nunca una ejecución capital, fué vergonzosa-

mente echado del cenado por este refinamiento de molicié cruel, que por medio del sabor de sangre humana, sazona unos placeres empalagosos ya por su misma abundancia.

Salomé llevó la cabeza ensangrentada á Herodias: el presente era digno de tal madre y de tal hija. Herodias, en su impotente pero implacable cólera de muger, tomó uno de los alfileres ó sortijas que sostenían sus cabellos, y traspasó con ellas aquella lengua que había osado increpar sus crímenes y dar inquietudes á su fortuna.

Tal fué la muerte del mas santo de los hombres. Trágica es y lamentable á nuestros ojos, porque aparece la cuchilla y gotea la sangre, la muerte es pedida, resuelta, ejecutada, sin razón, sin forma de proceso sin retardo: en ella vemos lo mas augusto que hay en el mundo, una noble vida, arrojada para servir de pasto á un príncipe caliente con el vino, y á la fantasía caprichosa de una danzarina. Pero esta muerte es y será para siempre ilustre delante de Dios, porque fué sufrida por la justicia y la castidad, y nada hay tan glorioso como el sufrir y sucumbir por lo que es eterno. Porque sucumbiendo así, el hombre no muere, sino que se transfigura; la vida presente tiene su día de mañana, y los dolores de la tierra encontrarán su contrapeso en el cielo. Si el sufrimiento está colocado en la base del destino de los hombres, es para atraer en su cumbre la gloria: su sangre, generosamente derramada, brillará como si se hubiese convertido en perlas, en la diadema de su inmortalidad. En seguida, para que resplandezca el honor de la raza humana, cuando uno muere en defensa de una idea verdadera, al instante se levantan mil para reemplazarle. Tomen paciencia los que sufren, porque ellos saldrán vencedores: de ellos es la suprema felicidad: así lo ha dicho la verdad eterna. En cuanto á los que hacen sufrir, ellos se hartan de triunfos en el tiempo, como si pudiesen escapar de la eternidad y de la justicia que reinará en ella. Puede, pues, muy bien afirmarse que el glorioso Precursor de Cristo, al espirar bajo la cuchilla de la persecución, no solo se anticipó por el martirio á la muerte dolorosa del Salvador, siendo precursor suyo en la vida y en la muerte, en la predicación y en el sacrificio; sino que fué también el precursor de los mártires cristianos, y empezó esta línea de hombres, que abriéndose hácia el cielo un heroico sendero, llegaron á él por entre las olas de su propia sangre, y dejaron sobre la tierra trazas indelebles, que sus hijos contemplan y besan con respeto para seguirlos, si fuese necesario.

Los discípulos de Juan vinieron á llevar á Jesús la dolorosa nueva de la muerte de su maestro. Jesús se hallaba entonces en la Galilea, no lejos del lago de Genezaret ó del Tiberiades. Montó sobre una barquilla,

atravesó las ondas, y se retiró á una soledad que tomaba su nombre de la pequeña aldea de Bethsaide. Su hora no habia llegado todavía, y así queria sustraerse á la crueldad de Heródes y á las emboscadas de los fá-riseos que habian jurado su perdicion.

Los perseguidores no quedaron impunes: el cielo vengó despues en aquellos tres pechos homicidas, la muerte de su protector: á lo menos sus reveses y su infortunio parecieron á los ojos de la nacion entera, llevar las señales de un castigo providencial. Aun antes de su castigo cometió Heródes otro crimen, y de una naturaleza mas gráve que todos los que marcan la carrera de su vida. El fué quien, deseoso desde mucho tiempo de ver á Jesucristo, cuyos milagros llamaban la atencion de toda la Judea, le trató con el mayor desprecio cuando Pilatos se lo hizo presentar en tiempo de la Pasion. Aretas, este rey de Arabia, padre de la princesa sacrificada á Herodias, se propuso vengar el ultraje cometido contra su hija: declaró la guerra á Heródes, lanzóse sobre él con fuerzas considerables, y logró una victoria tan completa, que los judios vieron allí el dedo de Dios, descargando su golpe contra el asesino de un gran profeta.

Algunos años despues, muerto ya Tiberio, viendo ya Herodias á su hermano Heródes Agripa oficialmente revestido de la dignidad real, en tanto que su marido continuaba en la posesion de su gobierno bajo el modesto titulo de tetrarca, se indignó contra esta desigualdad que humillaba su orgullo, y la hizo presente como un oprobio que no se debía devorar en silencio. Obligó á Antipas á hacer con ella el viaje á Roma, para obtener de Caio Caligula, que ocupaba entonces el trono de los emperadores, que la tetrarquía de Galilea fuese elevada al rango de monarquía. Pero al llegar, Antipas se vió acusado de haber en otro tiempo apoyado la conjuracion de Sejan contra Tiberio, y de proteger todavía las sublevaciones de los Partos contra el imperio; y bien sea que fuese realmente culpable, ó que la justicia se administrase en Roma como en Maqueronta, le fué quitada su tetrarquía, y puesta en manos de Agripa. Su fortuna fué la recompensa de su delator, y se le envió á Sion en destierro perpétuo. Herodias mostró en aquella circunstancia una firmeza digna de elogio. Prometiale Caio hacerle gracia por consideracion á su hermano Agripa, pero ella respondió: " Vos habláis como emperador, y como sienta á vuestra majestad; pero mi afeccion de esposa me impide el hacer uso de esta indulgencia, pues no creo decoroso ni conveniente el abandonar en la fortuna adversa á aquel que me ha tenido por compañera en el seno de la prosperidad." Pero el emperador no podia menos que castigar un lenguaje, en el cual despuntaba alguna nobleza de carácter ó de sentimiento. Condenó, pues, á Herodias al destierro, y dió

todos sus bienes á su hermano Agripa. Los dos proscritos se embarcaron para las Gálias; y bien sea que no hubiesen podido pasar allí inmediatamente, ó que las hubiesen dejado en seguida, acabaron en España su vida oscura y miserable.

Salomé, el principal instrumento de la muerte del profeta, que tenia cerca quince años cuando hizo inmolar al que defendia ante todo su honor de niña, la dignidad de su madre y los intereses de su padre, fué casada sucesivamente con dos príncipes de su familia, habiéndola el primero dejado viuda despues de tres años. Algunos historiadores griegos de la edad media han pretendido que terminó sus dias de un modo trágico y prematuro. Refiere Nicéforo que Salomé, cayendo en un rio helado, y quedando con la cabeza fuera del hielo, se degolló á sí misma con los movimientos que hizo con los piés para libertarse. Pero esta y otras semejantes versiones están demasiado desituidas de pruebas, para que la sana crítica pueda apoyarse en ellas con algun fundamento.

El historiador Josefo afirma en términos formales, que San Juan fué decapitado en su misma prision de Maqueronta, y no en Jerusalem ni en Sebasto. Maqueronta era un castillo fuerte, situado mas allá del Jordán, y que protejia las fronteras de la Judea contra las incursiones de los árabes que habitaban en las cercanias del Mar Muerto: Heródes habia encerrado allí una parte de sus tesoros, y lo hacia servir en ciertos casos de prision de Estado. Y así, aunque los restos del mártir fuesen mas tarde colocados y venerados en Sebasto, capital de la Samaria, no fué allí donde sufrió la muerte, y aun es probable que fuese trasladado allí inmediatamente á causa de la violenta oposicion que existia entonces entre samaritanos y judios. Sea como fuere, lo cierto es que en esta última ciudad se veia su sepulcro en el siglo tercero: despues la emperatriz Helena le restauró, é hizo edificar una magnífica iglesia sobre el arca en que se hallaba el sepulcro. Allí fueron conservadas las reliquias del santo, pues que en el reinado, y cuasi pudiera decirse por las órdenes de Juliano, los idólatras de aquella comarca hicieron pedazos el sepulcro, sacaron de él los huesos, y los hubieran destruido echándolos á las llamas, si algunos religiosos de Jerusalem que habian venido como peregrinos, no se hubiesen mezclado con la turba sacrilega para salvar de la ruina lo que pudieron recojer. Llevaron á su convento tan precioso tesoro, que pasó despues á la ciudad de Alejandría en Egipto, desde donde fué repartido entre algunas iglesias del mundo católico. Muchas iglesias de Italia y Francia poseen parte de sus reliquias. Las mas considerables se veneran en Malta, en Leon, en Puy, en Viena del Delfinado, en Turin

en Venecia; y la iglesia del palacio de S. Chaumont, en el Leonés, conserva una considerable parte de una de sus quijadas.

El sepulcro continuó en ser honrado en Sebasto, y las reliquias del santo fueron allí reemplazadas. Veinte años despues de estas fechorias de Juliano, la ilustre dama romana Santa Paula venia allí religiosamente á deponer su plegaria á los piés de aquel que juzga á los príncipes y venga las cenizas de sus servidores. El sentimiento que atraia á los cristianos alrededor de la tumba del Precursor, no se debilitó ni por el transecurso del tiempo, ni por el miedo á los sarracenos, dueños del país. San Luis, en una carta en que concede sobre sus réditos particulares una renta de veinte libras á los religiosos que hacen el servicio de la iglesia de Sebasto, dice: "Hemos adorado al Salvador sobre la misma tierra que pisó con sus piés, por cuyos lugares hemos hecho peregrinacion con un sentimiento de amor y de temor: hemos visto la iglesia de Sebasto, en donde descansan el bienaventurado Juan Bautista y otros cuerpos venerables. La santidad de aquel lugar ha llenado de placer nuestro corazon, y ha hablado muy vivamente á nuestra alma, y el buen comportamiento de los hermanos que lo custodian nos ha escitado á estimarlos mucho, tanto á ellos como á su iglesia." La pública devocion correspondió á la del rey de Francia, derramando abundantes limosnas sobre la iglesia de San Juan de Sebasto para adornarla de una manera digna de su glorioso patron.

La crítica se ha empleado por mucho tiempo y con sábias investigaciones para hallar el rastro y seguir las diversas vicisitudes de la cabeza de San Juan. Créese que fué enterrada en Jerusalem, trasladada despues á Emesa, y despues con grande pompa y solemnidad á Constantinopla, desde donde habrá sido traída á Occidente por los cruzados, venerándose en Roma la mayor parte de ella.

Por lo que podemos deducir del contesto del Evangelio, la muerte de San Juan acaeció á fines del año 31 de la era comun, ó á principios del siguiente. No obstante, la Iglesia griega y latina celebra su memoria en 29 de Agosto, bajo el título de Degollacion de San Juan, ó porque éste fuese en realidad el dia de su muerte, ó porque haya habido semejante dia, ya desde los primeros siglos, una traslacion de sus reliquias, ó se haya dedicado alguna iglesia bajo su invocacion.

La tragedia del santo Precursor ha inspirado repetidas veces al genio del artista, ya en el pincel, ya en el buril, ya en el mármol, y toda la vida del Bautista ofrece cuadros que escitan el interés de las artes de imitacion. ¿Habeis visto alguna vez al niño Juan cubierto con una piel al lado de su bendita madre entre las breñas del Desierto, jugueteando con

las inocentes ovejas, cuya mansedumbre iba él á enseñar á los hombres? ¿Le habeis visto tambien, ya proveyo, predicar con eficacia á las turbas pendientes de su voz que resonaba en medio de los bosques? ¿Habeis reparado otras veces en un solo grupo á un tirano lúbrico y cruel, sentado sobre un trono, á una impura princesa, correspondiendo con una sonrisa atroz á sus lascivas miradas, y á una bailarina sin pudor, haciendo escarnio de un hombre venerable, no por sus años, sino por su impotente actitud, el cual increpaba en nombre de Dios el crimen y el escándalo con toda la energia de un profeta del Señor? ¿No habeis contemplado, por último, mil veces á una joven insolente y voluptuosa que lleva en un plato cubierto con un velo una cabeza livida y ensangrentada? Tales son, pues, las principales escenas que ofrece la vida del ángel en carne, del santo Precursor del Hijo de Dios en la tierra, aquel cuyo nacimiento habia llenado el mundo de gozo, su vida de asombro, y su muerte de horror y de consternacion.

Despues del destierro de Heródes mejoró mucho la suerte de Agripa, á quien Calígula colmó de bienes en la Judea y dió el título de tetrarca ó rey; despues el emperador Claudio, sucesor de Calígula, añadió á su tetrarquía la Judea y la Samaria. Nombró tambien el nuevo emperador por rey de Calcide, en la Siria, á otro Heródes, hermano de Agripa, y publicó algunos edictos en favor de los judios.

Concluamos en pocas palabras la historia del pueblo de Dios que fué de corta duracion despues que el cetro hubo pasado á manos estrañas, pues estaba ya como cumplido por entonces su destino sobre la tierra, porque los pueblos y los imperios tienen tambien señalada por el Eterno la duracion de su existencia, así como cada uno de nosotros, bien sea que esté ya cumplida la medida de sus crímenes, bien sea que se hayan verificado los destinos que sobre cada uno de ellos tenia designados la Providencia.

Agripa manifestó mas celo por la religion judaica que sus predecesores; y con su generosidad y clemencia se granjeó el aprecio público. Depositó en el templo de Jerusalem una preciosa cadena de oro que le habia regalado Calígula; hizo solemnes sacrificios; restableció el órden y la disciplina en el estado, y libertó á los habitantes de Jerusalem del importe que pagaban por cada casa, hermoseando al mismo tiempo la ciudad, levantando sus murallas, y fortificándole con el intento de hacerla inespugnable; pero el gobernador de Siria se opuso á esta obra, y le obligó á suspenderla. Era Agripa tan respetado de todos sus vecinos, que en un viaje que hizo á Tiberiade, fueron cinco los reyes que acudieron á cumplimentarle. Pero en medio de toda su gloria, la historia del cristia-

nismo condenará siempre su conducta, por haber sido el quien dió principio á las persecuciones. Murió Agripa desastrosamente á la edad de cincuenta y cuatro años, y dejó un hijo de diez y siete, llamado tambien Agripa. Viendo el emperador la corta edad de este segundo Agripa, dió á Caspio todo el mando de la Judea, y encargó la administracion del templo y del tesoro, con el derecho de nombrar los sumos sacerdotes, á Heródes, tio del rey. A Fado sucedió en el mando militar Tiberio Alejandro; á Tiberio Ventidio Cumano; á éste Felix, el cual destruyó á los facinerosos que asesinaron en el recinto del templo al sumo pontífice Jonatás; y á Felix siguieron luego Festo, Albinio, y Genio Floro, cuyas rapiñas y vejaciones contra los judios, encendieron una guerra que no terminó sino con la total ruina de la nacion. Así se vé, que despues de la muerte de Agripa ya no tuvo la Judea sino gobernadores romanos; porque si bien el emperador Claudio pensó que el jóven Agripa fuese el sucesor de su padre, los libertos que le rodeaban se lo disuadieron, y el emperador, como se ha visto, nombró procurador de la Judea á Fado.

Los romanos, siguiendo constantes la politica con que habia asegurado sus conquistas, dejaron que los judios, bien así como las demas naciones del imperio, siguieran sus costumbres, sus leyes y su religion; y cuidaban de no mezclarse en su administracion interior, sino para evitar ó apaciguar las turbulencias civiles, y para exijir las contribuciones de hombres y de dinero. Mas los judios, pueblo que por su misma constitucion se habia acostumbrado á vivir aislado y separado de otros pueblos, llegaba á mirar con ódio el trato de todos los estrangeros. De ahí los continuos esfuerzos para sacudir el yugo de los romanos, y de aquí las sediciones ó las revueltas en que hervia la Judea, y los arroyos de sangre que para sofocarlos tenian que hacer correr las legiones romanas.

Existian además otras causas funestas de enemistad y de cisma entre los judios, que dividiendo el pueblo en diferentes sectas, debian necesariamente acelerar la ruina de todos. El partido mas poderoso era el de los fariseos, gente que desconocia el verdadero espíritu de la ley, al mismo tiempo que se jactaba de observarla al pié de la letra, á los cuales Jesucristo echó no pocas veces en cara su orgullo y su hipocresía: á este partido debe juntarse el de los seduceos, de poca gente, pero de clase distinguida en la república. Estos no reconocian la inmortalidad del alma, ni miraban la ley sino como un medio muy á propósito para la conservacion del orden público, semejantes en esto á muchos de nuestros políticos y hombres de Estado, que solo respetan la religion considerándola como un freno para el pueblo. Los esenios formaban el tercer partido, hombres de vida austera, la mayor parte labradores; solian vivir en

comun y ejercitaban algunas virtudes, mas eran ciudadanos poco útiles, porque no tomaban interés en los negocios del estado. A estas tres sectas añadió aún otra cuarta, el fanático Júdas, el cual decia que no debía reconocerse mas señor ni rey que Dios: así es que cuando Augusto mandó formar un censo de los bienes de los particulares, los discípulos de Júdas escitaron una sedicion, que solamente logró apaciguar el gobernador de Siria derramando mucha sangre.

Añádase ahora á esta diversidad de sectas el ódio irreconciliable que dividia á los judios de los samaritanos, y se verá cuántos elementos de cisma, de guerra y de ruina habia entre los judios, cuando por otra parte estaba la Judea sujeta al capricho, á la rapacidad y á la tiranía de los gobernadores romanos.

Todos los dias llegaban á Roma noticias desagradables de nuevas revueltas, alborotos y sediciones, lo cual obligó á Neron á enviar contra los judios á Vespasiano. Este entró en aquel desgraciado país, caminando con orden, apoderándose de las plazas fuertes, y arrojando hácia el centro á cuantos huían de rendirse, ya por el celo de la religion, ya por temor. Cuando Vespasiano tuvo que dejar la Judea para ir á ocupar el trono del imperio, despues de vencer á su rival Vitelio, encargó á su hijo Tito el sitio de la ciudad de Jerusalem, la cual estaba entonces entregada á los mas horrosos escesos.

A pesar de verse amenazados los judios de todo el poder de Roma, el espíritu de partido, que jamás escarmienta, los tenia de tal modo divididos, que peleaban unos contra otros dentro de la capital, estando ya sitiada. Juan de Giscala, unido con los eclosos (que así se llamaban los de la secta mas fanática) facilitó la entrada en la ciudad á los idumeos, los cuales cometieron horribles escesos, hasta asesinar al sacerdote Zacarías. Confiado en sus fuerzas, aspiró entonces Giscala al poder supremo: mas esto mismo dividió á los suyos en dos bandos: y aunque Simon, hijo de Joras, llegó á vencer á Juan, los de una y otra parte continuaron degollándose, acelerando con su insensata division la ruina de la ciudad. Cuando Tito quedó encargado del sitio, pudieron los judios haber sacado alguna ventaja de su carácter pacífico y moderado; pero aunque el hijo de Vespasiano empleó todos los medios de dulzura para ganar la voluntad de los judios, éstos se mantuvieron sordos á sus propuestas, y siguieron obtinados en sus odios y en su defensa. Simon se mantenía firme en la parte alta de la ciudad, Giscala en la inferior, y Eliazar ocupaba el templo. La guerra civil seguía con encarnizamiento; los unos peleaban contra los otros, y solo el peligro comun solia reunir sus tropas: entonces acudían unidos á la muralla, y salían juntos de la

ciudad para destruir los trabajos y las máquinas de los sitiadores. Pasado el peligro, volvían á su desórden y á sus combates interiores; y muchas veces los mismos que acababan de rechazar y vencer á los enemigos, perecian en Jerusalem á manos de sus hermanos. El ódio y la venganza, el fanatismo y la ambicion causaban mas males que la misma guerra; y la porfiada resistencia de los sitiados acabó de llenar de horror la caída de Jerusalem. Cuando las máquinas de guerra y el fuego pusieron á los romanos en posesion de la ciudad, ya ésta no era sino un monton de ruinas cubiertas de cadáveres, y de hombres estenuados, que presentaban débilmente sus cuellos á la cuchilla del vencedor.

Admirado Tito de la magnificencia del templo, quiso librarlo del furor de sus soldados, pero éstos le pegaron fuego, le robaron y le saquearon. El general romano solamente pudo salvar algunos vasos sagrados y pocos instrumentos de los sacrificios, con los cuales aumentó la pompa de su triunfo. Durante esta guerra de esterminio y de muerte, perecieron un millon cuatrocientos cuatro mil cuatrocientos noventa judios: tal es el cálculo mas moderado de los que presenta la historia; los prisioneros fueron noventa y siete mil; las murallas y la mayor parte de las casas fueron arruinadas; y las tierras de la Judea se pusieron en venta.

Desde entonces dejó de existir de todo punto el reino ó la nacion de los judios, y desde entonces andan éstos errantes por todas las naciones del mundo, á pesar de todos los esfuerzos de la civilizacion moderna que se afana en muchos puntos para confundirlos y anivelarlos con la masa general de la sociedad; acreditando así el cumplimiento esacto de las predicciones de Jesucristo. Puede fijarse el fin del pueblo judaico el año 70 de la era vulgar.

Así terminó ese pueblo que remontaba hasta el origen del mundo, y cuyos miembros dispersos se conservarán hasta su fin, y hasta quedar cumplido el terrible anatema que ellos mismos fulminaron contra si: *¡Caiga la sangre de Cristo sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*

La tierra es del Señor; y así como fué objeto de maldicion por causa del hombre cuando éste cometió su primer pecado contra Dios, así tambien la gloriosa tierra de Judea fué maldecida y entregada á la "desolacion de muchas generaciones" que habian de pasar sobre ella á causa del horrendo deicidio cometido por aquel pueblo á quien Dios la habia dado, y para el cual está aun reservada en la agonía del mundo, cuando llegue el tiempo en que se convierta y vuelva al Señor Dios de sus padres.